

VIVE
CHARLEMAGNE
II

DE GAULLE



CAMPANAZO DIPLOMATICO

COMO el zapatazo de Krutchev en la ONU, el «¡Viva Quebec libre!» del general De Gaulle es un acto de terrorismo diplomático. Estas bombas caseras rompen, de cuando en cuando, las fórmulas y costumbres de las relaciones internacionales. En el mundo político, generalmente las palabras no suelen tener relación con los hechos. Esto ha ocurrido siempre; se exagera ahora, puesto que vivimos una época en que la conservación de viejos valores se refugia en lo verbal. El principio de no ingerencia en los asuntos de otros países se sostiene en tanto que fórmula verbal, mientras los Estados Unidos tienen medio millón de soldados en Vietnam y envían paracaidistas a Santo Domingo, mientras la URSS y los Estados Unidos discuten entre sí el porvenir de media docena de países en Oriente Medio, mientras el Congo es la encrucijada de toda clase de ingerencias internacionales... Lo que ha violado ahora De Gaulle es la costumbre, el uso, la fórmula. Incitar al separatismo de una provincia en el país que visita en tanto que jefe de Estado invitado por el gobierno de aquel país tiene pocos precedentes, o ninguno, en la historia. Las intervenciones en los asuntos de otro país se suelen hacer por vía clandestina.

Quebec, provincia de idioma y cultura franceses dentro del Canadá anglosajón, sostiene una fuerte corriente de separatismo. Es, sobre todo, un movimiento intelectual que en 1965, según un sondeo, representaba al trece por ciento de la población, y que hoy puede representar algo más; y que, probablemente, habrá crecido después de la incursión del general De Gaulle, puesto que según los dirigentes separatistas era preciso un hecho, un acontecimiento, algo que sacase de su indiferencia a la gran masa popular. Ciertos atentados —terrorismo real— habían sucedido en tiempos pasados —en la época del dirigente francista Duplessis; se habían calmado durante los años de gobierno liberal que proclamaba una «revolución tranquila», y la revolución separatista se había impulsado con el regreso al poder parlamentario de la Unión Nacional de Duplessis (muerto ya, y sucedido por Johnson, que es quien ahora recibió a De Gaulle). Los separatistas se quejan de que los ciudadanos de Quebec se quejan de que los ciudadanos de Quebec noria oprimida dentro del país de dominio anglosajón, incluido en la Comunidad británica de naciones. En uno de sus discursos,

De Gaulle se ha referido a los dos puntos más importantes de esa opresión. Al decir que los ciudadanos de Quebec «no aceptan que se les infija en el terreno del pensamiento, de la cultura, de la ciencia, la preponderancia de influencias que le son extrañas» se refiere a la desaparición progresiva de los «valores franceses», de la cultura por la penetración de los «valores ingleses». Cuando dice que «En lugar de dejar que las empresas extranjeras exploten vuestras rique-

zas, los amplios recursos de vuestro territorio que queréis descubrir, organizar y explotar vosotros mismos», se refiere a la penetración capitalista americana, que representa el noventa por ciento de todos los capitales extranjeros invertidos, no sólo en la provincia de Quebec, sino en el Canadá. «La importancia de los capitales americanos invertidos, el control de las fábricas por dirigentes americanos y los excesos de las importaciones americanas sobre las exportaciones **SIGUE**



Los canadienses francófonos prepararon cuidadosamente el recibimiento al general De Gaulle. Sobre estas líneas, el Presidente de Francia junto al Premier de Quebec, Daniel Johnson, bajo la lluvia de un día de julio.

EN CANADA



Desde el balcón del Ayuntamiento de Quebec, el general De Gaulle (apenas visible en la foto) se dirige a la multitud, una de sus mayores debilidades.

UN REY EN QUEBEC

A De Gaulle le encanta verse rodeado de multitudes y del entusiasmo popular. La carrera de globe-trotter del general ha llegado a su punto culminante al borde del Saint Laurent. Quebec ha recibido, al fin, la visita del rey de Francia que se venía esperando desde hace doscientos cincuenta años. De Gaulle borrado provisionalmente el rencor acumu-

lado durante siglos por los descendientes de los campesinos normandos, bretones y charenteses contra una madre patria que les abandonó en mitad de sus «acres de nieve».

En el pasado mes de abril, el primer ministro neoconservador de Quebec, Daniel Johnson, un descendiente de esos irlandeses asimilados a la comunidad francófona cuyo nacionalismo suele ser

más vivo que el de los franceses de pura cepa, se había negado a asistir a las ceremonias de entronización del nuevo gobernador general del Canadá, Roland Michener. Mientras la reina Isabel no ha sido invitada, el general De Gaulle ha sido recibido en Quebec y en Montreal, donde ha borrado la derrota de los Campos de Abraham, último bastión de la resistencia francesa.

DE GAULLE EN CANADA

canadienses a los Estados Unidos son tema de preocupación para muchos canadienses». («Información Please Almanac», Nueva York, 1964.)

Sin embargo, muchos economistas creen que Quebec no podría subsistir por sí sólo. Es una provincia eminentemente agrícola frente a las grandes regiones industriales de Toronto y Ontario; el establecimiento de una tarifa aduanera en la frontera de Quebec y de Ontario sería una catástrofe para la pequeña industria local, eminentemente textil. Otros observadores creen que la escisión de Quebec haría estallar la federación toda entera, y las provincias de habla inglesa irían a integrarse en los Estados Unidos. ¿Podría recibir Quebec ayuda de Francia? En los últimos años se ha intentado el establecimiento de fábricas de Peugeot y Renault —inmediatamente, la General Motors americana inició planes de fabricación de automóviles en Quebec— y numerosos capitales franceses y hebreos huidos de África del Norte han ido a invertirse en Canadá. Todo ello, dicen los economistas, no es suficiente; y Francia no podría hacer nada.

¿Qué ha impulsado a De Gaulle a hacer sus declaraciones terroristas, interrumpiendo después su visita? Las explicaciones son varias. El «Times» de Londres lo achaca a posibles desvaríos de la edad provecia del general —el «Times» es ahora propiedad de lord Thompson, que ha hecho toda su inmensa fortuna en el Canadá británico—. Otros creen que forma parte de su hostilidad contra Inglaterra y contra Estados Unidos. Probablemente no se trata más que de un estallido de nacionalismo, a la vista de la «francesidad» —vocablo nuevo acuñado por De Gaulle, imitación del vocablo «hispanidad»— con que se le recibía; y quizá con la seguridad de que Quebec será un día realmente independiente y libre, y volverá a establecer una cierta unidad con Francia. Pertenece a la idea de reconstrucción lingüística —la «francofonía», otro invento semántico del general— del viejo imperio francés, utilizando los lazos del idioma y de la cultura, para convertir Francia en una «madre patria» lejana y adorada, ya que otra cosa no puede ser por ahora.

E. H. T.

Aparte la oportunidad o no de las declaraciones del general, de sus llamamientos a la independencia durante una visita diplomática, se ha revelado una vez más el acuciante problema nacional canadiense.



Pero las satisfacciones morales no son, evidentemente, las únicas que el general ha ido a buscar al borde del Saint-Laurent. Con sus seis millones de habitantes francófonos en posesión de un nivel de vida cercano al de los americanos, con sus riquezas naturales apenas explotadas —el hierro del Labrador, que es el mejor del mundo, el uranio, los bosques—, con las necesidades de una indus-

tria vetusta, pero en plena evolución, Quebec, bien comunicado con Francia por vía marítima, representa un interlocutor económico precioso, pero hasta ahora muy poco tenido en cuenta.

Las relaciones debieran ser facilitadas por el hecho de que, bajo la influencia de los «jóvenes turcos» liberales, desde hace diez años en el poder, Quebec está dotado de ciertas instituciones eco-

nómicas semejantes a las francesas: una «planificación ágil» que reserva al sector público —el más importante de toda la América del Norte— el papel de inversor privilegiado en sectores esenciales para el desarrollo nacional y establecimientos como la Hydro-Quebec, gigantesca máquina de energía barata; la Société Générale de Financement, que es similar a la Caja de Depósitos y Con-

signas francesa, y la SIDBEC, primera instalación siderúrgica canadiense, que debe transformar una parte de la producción de Schefferville. A pesar de estas múltiples facilidades, la industria francesa aún no ha llevado a cabo grandes esfuerzos. Sólo algunas empresas estatales o semiestatales, la Régie Renault, Air-Liquide, han creado en colaboración con algunos capitalistas canadien-

SIGUE